

Lila Caimari, 2017.

*La vida en el archivo. Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia.*

Buenos Aires: Siglo XXI. 144 p.

1

Este nuevo libro de la historiadora argentina Lila Caimari es una feliz rareza editorial en varios aspectos. Lo es si se lo compara con el conjunto de la producción historiográfica local, más atenta a la elaboración de trabajos monográficos complejos que a perspectivas de conjunto de *choses du métier*, y lo es también en el sentido de la problemática que lo anima: un análisis sutil de la *vivencia* personal del archivo, esa dimensión nodal del oficio de la historia que, tal vez por el influjo residual de una mal entendida *École des Annales* y su diálogo con las ciencias sociales, ha evitado su interrogación por creerla un vicio de la tradición erudita, que identificaba el pasado más en los documentos que en las preguntas que a él se dirigían. No es extraño que la asociación entre la manía clasificatoria totalizante y la imaginación literaria de Bouvard y Pécuchet, los personajes de la novela póstuma de Flaubert, se utilice en el campo profesional como metáfora para enfatizar, a modo de impugnación, el perfil dominante del historiador erudito como fatuo coleccionista de hechos y arbitrario productor de interpretaciones limitadas.

Este libro reubica el lugar del archivo, es decir, de los testimonios del pasado, para señalar sobre todo el aspecto primordial que juega en la investigación histórica no sólo como reservorio de pruebas o de indicios que se utilizarán en una argumentación futura sino en la experien-

cia material y psicológica misma de la investigación, sea como disparador de nuevas preguntas que, en un extremo, llevarán a otros proyectos asociados o lejanos de un problema original, sea como goce intelectual al momento de la composición mental de lo posible en un mundo histórico particular o sea también como tedio y padecimiento ante la pérdida de un documento que se sabe existente en el fichero; pues la impericia administrativa y el exceso de rituales de admisión, o la escasa voluntad de los actores de una cultura archivística apenas incipiente en las instituciones de un estado argentino que ha sido gran productor de documentos, la mayoría de las veces torna inaccesibles los materiales históricos.

De allí, la reflexión de la autora sobre la posibilidad del acceso digital a los documentos que posibilita la acumulación fotográfica; de allí también, la ironía de pensar la utopía tecnológica de un archivo virtual total de acceso libre, que –entre el rumor de su secreta existencia inicial– se imagina funcionando en un servidor oculto en algún lugar de Buenos Aires. Fantasías más o menos compartidas entre los asiduos visitantes de la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional o la de otro organismo público, pero común como deseo de gran parte de los historiadores. Sin embargo, al decir de la autora, esa ilusión no excluirá la opuesta: la del mantenimiento de la rutinaria visita al archivo

material en tiempos en que aquella utopía se concrete, pues no se podrá abdicar tan fácilmente, en el *habitus* del historiador, del influjo gutenbergiano que lo define desde los tiempos en que la tradición erudita irrumpió en la escena de la discusión sobre la cientificidad de la historia.

Así todo, este “librito”, como prefiere llamarlo la autora con auténtica modestia, sólo es tal en términos de dimensiones, no así en el conjunto de reflexiones que desarrolla, en su calidad narrativa, en la marca autoral, o en las lecturas que posibilita, las que, exceden, de algún modo, la problemática inicial. Escrito en parte como diario de la investigación, a veces como bitácora de trabajo y otras como cuaderno de croquis, la modalidad de la *ego-histoire* se cuela también en un relato fino e inteligente que denota un gusto por la palabra precisa y estéticamente sugerente. Aires de la familia epistemológica a la que se pertenece más allá del componente personal que inunda todo el relato desde la sutileza y la autoconsciencia del oficio, pues si hay algo que caracteriza este libro es la noción –muy a lo Kierkegaard– de la liberación de la impresión de lo aparente a partir de la reflexión.

La interrogación sobre el *archivo* se vuelve, entonces, una excusa para iluminar sobre aquello que los metodólogos denominan, en las etapas lógicas de la elaboración de un proyecto de investigación, la pregunta de partida y el momento heurístico, y que, en las modalidades experienciales, se mezcla en un ida y vuelta permanente: allí están los cambios de dirección, las incitaciones bibliográficas, lo inacabado del proceso investigativo, las múltiples tramas que se abren a partir de

la exploración de nuevos documentos y nuevos textos; la seguridad inicial y la desconfianza posterior ante los modelos teóricos más duros; el diálogo interdisciplinar y también la distancia entre el modo de hacer historia y el del resto de las ciencias sociales. Y aquí es significativa la lectura y los usos que la autora hace –en función de sus problemas iniciales de investigación comparativa sobre las cárceles masculinas y femeninas– de *Vigilar y castigar* de Michel Foucault, libro que para ella, en sus inicios formativos, resumía la combinación perfecta entre habilidad teórica, refinamiento estético y urgencias del contexto (p. 28), hasta el abandono de sus hipótesis más aceptadas en la búsqueda de otras reflexiones sugerentes que la llevarán de las preguntas sobre el control social a las del castigo y al intento de encontrar, entre la maraña de registros diversos, la voz de los destinatarios de la acción punitiva. Por supuesto, de esos tránsitos resultarían varios libros hoy referentes en el campo de los estudios sobre la historia del delito en la Argentina.

Todo ello en una composición de lugar en donde la investigación histórica convive con las otras actividades de la profesión: la presentación de trabajos en congresos, los viajes de estudio, la evaluación de colegas, el dictado de clases; y también con lo que no es vida historiográfica ni profesional pero no puede escapar a su influjo, como cuando en la cola del supermercado se le ocurre una nueva dirección para su plan de investigación ante la mirada impávida de la cajera (p. 127). Se filosofa incluso sentado en el retrete, dice Umberto Eco en “El oficio de pensar”, recordando al protagonista del *Ulises* de Joyce.

Es de celebrar en este libro, entonces, que la propia voz intelectual inunde todo el relato; y por cierto, la elección de una temática elusiva y *a priori* infecunda que la autora logra convertir en original y exótica a los ojos del lector más avezado, otorgando el *status* de objeto de estudio a una experiencia común a los historiadores sobre la cual se piensa dada y sin problematización. Pero hay también algo en él de representativo en lo que denota y en lo que connota, sobre todo en lo epocal-profesional y en lo que tiene o incita de epistemología histórica. La autora pertenece a esa generación de historiadores e historiadoras que, formada en la universidad pública en tiempos del Proceso y la transición democrática, se incorporó a la vida académica en el momento en que la profesionalización del campo historiográfico local fue acompañada por su internacionalización; y ello implicó no sólo la formación académica de posgrado en el exterior sino también la continua referencia a marcos conceptuales globales a la hora del desarrollo de la producción historiográfica personal. Este componente recorre cada una de las páginas del libro como un modo particu-

lar de practicar el oficio que es el dominante en la historiografía académica.

Por otra parte, a veces explícitas y otras veces ocultas, se pueden encontrar también las marcas del saber histórico en sus dimensiones epistemológicas: la reflexión sobre la importancia de la construcción narrativa, el papel creativo de las preguntas de investigación, la búsqueda de la prueba documental y sus implicancias, el abandono paulatino de las categorías duras –¿acaso hay algo más propio del oficio que esto?–, la composición de los momentos y la importancia de la identificación de los cambios, la tensión entre explicaciones olímpicas y casos empíricos particulares, el recorte del campo de lo histórico, las múltiples formas que asume la noción de teoría en la práctica historiográfica y, por último, el peligro de la trampa del anacronismo. En fin, un excelente libro que invita a reflexionar desde lo menos visible sobre la práctica del oficio del historiador en tiempos de especulación foucaultiana mal entendida, en el que cualquier discurso sobre el pasado pareciera equivalente a la más sofisticada elaboración académica.

Ricardo O. Pasolini

CONICET / Universidad Nacional del Centro